

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Educación de adultos y cultura popular [Adult education and popular culture]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	del Valle, Antonio
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-10 22:38:30
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223856

EDUCACION

DE ADULTOS Y

CULTURA POPULAR

Antonio del Valle

El valor de la cultura

No cabe duda de que la educación y la cultura ya no significan planteamientos minoritarios, poco valorados por la sociedad, como sucedía hace años. Hoy casi todo el mundo se encuentra propenso a favorecer y apoyar cualquier iniciativa que pretenda mejorar la educación o aumentar la cultura de las gentes.

Y es que la educación y la cultura "se han puesto de moda". No tenemos más que asomarnos a las preocupaciones de los distintos grupos o sectores para ver cómo, de una forma o de otra, todos agitan el valor de la cultura como descubrimiento generalizado de nuestra época. Así podemos constatar como:

- El mundo obrero reivindica con más fuerza su derecho a la cultura —por otra parte, tantas veces negado— y hace interesantes experiencias en el campo de la educación obrera.
- Los detentadores del poder económico descubren que la elevación cultural aumenta la productividad, por lo que cambian de actitud y se hacen "más sociales".
- Las minorías regionales toman conciencia de que la cultura propia es el mejor aglutinante comunitario que puede encontrarse, por lo que fomentan el desarrollo cultural.
- La Iglesia descubre que teología y pastoral no pueden plantearse en

abstracto, prescindiendo de la cultura del pueblo de Dios, y, en consecuencia, se aplica en la tarea de encarnar el Mensaje.

- Los planificadores del desarrollo llegan a entender, después de insistentes equivocaciones, que el fundamento del cambio no es la mejora de las estructuras económicas, sino el desarrollo del hombre y de su capacidad para transformar la realidad y las actitudes propias. Sin embargo, no acaban de aprenderse la lección practicándola.
- Los políticos, por su parte, ven en la cultura dirigida un instrumento aglutinador de la máxima eficacia e inician el camino de una política social entendida como igualdad de oportunidades.
- Ciertos sectores recalcitrantes de la burguesía no se resisten a los cambios culturales que se avecinan y propugnan una "popularización de la cultura"; es decir, una cultura "rebajada", para uso y disfrute de la "gente baja".
- Los comerciantes de la cultura ven el mercado revuelto y propicio, por lo que aprovechan la situación para difundir la cultura encuadrada del saber resumido y por entregas.
- Los que no tienen que conservar situaciones o dependencias injustas se convencen cada vez más de que la cultura es la llave de la libertad y de que las buenas palabras no son suficientes para hacer un mundo mejor.

Por lo que, en el fondo, todo promotor social y toda persona consciente del servicio que la comunidad reclama, termina por comprender que en la motivación de casi todos los problemas sociales se encuentra una dimensión cultural.

Y es que hacer hombres libres y responsables no es otra cosa que poner las condiciones para que los hombres se cultiven, se desarrollen y alcancen a ser en la vida lo que la dignidad personal y comunitaria reclama de cada ser humano. Han quedado ya al descubierto los planteamientos en que se predicaba el oscurantismo cultural como medio para controlar y domesticar a las personas; como sistema maléfico y refinado para que las gentes no plantearan problemas; como muralla china para dividir a la sociedad en cultos y patanes, en dirigentes y dirigidos, en poseedores y poseídos, en conservadores y revoltosos...

En nuestra época hemos descubierto el valor de la cultura junto a las ansias de participación a todos los niveles. Por eso la sociedad de la participación exige, como es lógico, unas estructuras políticas, económicas y sociales que permitan y garanticen esa participación. Pero la verdadera construcción de una sociedad participada reclama también una vida cultural que permita a cada ciudadano sentirse miembro de la vida comunitaria en la que le ha tocado vivir.

De ahí que la cultura y la vida social, económica y política no puedan plantearse separadamente. Razón tenía André Mairaux al afirmar que "la cultura tiene dos fronteras infranqueables: la esclavitud y el hambre". Las situaciones de dependencia, sean del tipo que fueren, y las condiciones de la vida humana

vienen a ser el metro que determina las posibilidades reales de participación cultural. Educación y desarrollo son, por tanto, dos aspectos de un mismo frente: la liberación del hombre y de los pueblos.

Sin embargo, así como no hace falta predicar la necesidad de la cultura, en lo que generalmente no tenemos ninguna seguridad es en cómo se puede colaborar en la elevación cultural y hacia qué contenidos culturales hay que orientar los programas de actuación.

Educación de adultos y cultura popular

La educación de adultos aparece en Europa como un movimiento reivindicador de la cultura para el pueblo que las consecuencias de la revolución industrial habían limitado considerablemente. La Revolución Francesa, como antecedente más remoto, y el sindicalismo obrero, como plataforma de lanzamiento, nos proporcionan el cuadro histórico de este movimiento educativo del pueblo.

No puede olvidarse la célebre frase de los pioneros sindicalistas de que "después del pan, la instrucción es la primera necesidad del pueblo". Y que la lucha para lograr la instrucción para todos —paso previo en la reivindicación cultural— ha costado largos años verla realizada, si es que puede decirse que se ha conseguido plenamente. Por eso la participación del pueblo en la cultura ha tenido durante mucho tiempo un carácter minoritario, de ensayo y de búsqueda.

La crisis de la dominada cultura burguesa y la toma de conciencia sobre el hecho radical de que la mayor parte del pueblo adquiriría su visión del mundo y su capacidad para enfrentarse con su propia vida fuera de la escuela, han replanteado la necesidad de organizar sistemáticamente la educación de adultos. Porque el hecho cierto e irrevocable es que la mayor parte del pueblo adquiriría su "cultura" al margen de las instituciones que tradicionalmente han sido catalogadas como "depositarias de la cultura universal". Por ello en muchos países se insiste en la existencia de la "escuela paralela" y se hacen esfuerzos para canalizarla dentro del proceso de promoción cultural.

Se llega así a la constatación de dos realidades: De una parte, *la crisis de la cultura tradicional*, crisis que expresa la inadecuación de un sistema socio-cultural a la realidad de un mundo más igualitario. Y de otra, *la existencia de unos valores culturales en el pueblo*, valores que no tienen las plataformas sociales necesarias para ser desarrollados, pero que se manifiestan cada vez con mayor vitalidad.

Cómo lógica reacción aparecen las iniciativas tendentes hacia una cultura popular que comienzan por entender que la cultura supone el desarrollo en el hombre de todos sus valores (físicos, intelectuales y morales), partiendo del medio ambiente en que vive y de las necesidades del pueblo del que forma parte, con el fin de dominar los acontecimientos y las circunstancias de la vida diaria, y para poder responsabilizarse de cara a una acción concreta que tienda a un cambio estructural en el que los intereses comunitarios y las opciones participadas sean el acicate liberador de los individuos y de los grupos.

Las voces más cualificadas señalan que este movimiento sirve para afirmar que el ciudadano medio de nuestra época no puede participar en el libre juego cultural de la sociedad en que vive por la sencilla razón de existir unos condicionamientos (económicos, de rango, políticos, de clase, de dependencia...) que se lo impiden. Viene a decirse, en el fondo, que no es cierto que todo el mundo tenga acceso a las obras de arte y del espíritu; a la cultura universal, en definitiva.

Por eso, las iniciativas de educación de adultos y cultura popular vienen a significar el movimiento de incorporación de los valores culturales del pueblo a la cultura universal; es decir, a una nueva cultura, a un nuevo humanismo, que se vislumbra como superación de la cultura tradicional. A una cultura cuyas características o valores fundamentales responden a las notas de colectiva, comunitaria, concreta, desinteresada, pluralista y universal, por oposición a los valores individualistas, de competición y de provecho que la cultura burguesa postulaba.

La educación de adultos viene a afirmar la necesidad de caminar hacia el desarrollo de la cultura popular, entendiendo ésta como el pueblo actuando como agente creador de su propia cultura y desarrollando sus propios valores. Esta concepción no hace tabla rasa de los valores culturales que ha legado la historia, pero sí niega que los de la cultura imperante sean universales y válidos para todos los grupos sociales. No se trata, pues, de entender la cultura como acomodación a una situación dada, sino como liberación de esa misma situación. No se trata, tampoco, de considerar la cultura como algo que se "deposita", sino como algo que se crea, que se afirma cada día.

La base doctrinal de este movimiento reafirma su carácter militante, no siempre comprendido, y acentúa su aspecto reivindicativo para que el derecho de cada hombre y de cada mujer a la cultura que no sea sólo una frase de propaganda política. Por ello, cultura popular y educación de adultos señalan una doble realidad: De una parte, *un objetivo a alcanzar* (el derecho a la cultura), y, de otra, *el movimiento sociocultural emprendido por el pueblo mismo para elaborar una cultura en la que se reconozcan sus propios valores*.

Su acción, por tanto, está en la línea de lograr dos objetivos fundamentales que a algunos les parecen quiméricos: *Buscar una verdadera promoción cultural del pueblo*, creando las plataformas institucionales que sean necesarias y sirviéndose de la pedagogía y las técnicas que la educación de adultos ha puesto de manifiesto desde la perspectiva de una pedagogía activa y participada, y *elaborar los "contenidos" de la cultura popular*, recogiendo los valores propios del pueblo y proyectándolos sobre la nueva cultura que se viene encima, sobre la sociedad en la que vivimos y sobre el cambio de las estructuras que sustentan las situaciones de dependencia y de desigualdad.

Pedagogía activa y participada

Lo que caracteriza básicamente a la educación de adultos es su pedagogía de la participación. Así como tradicionalmente la cultura ha cabalgado a lomos

del individualismo, ya que cultivarse suponía "separarse de los demás", abstraerse y tratar de pasar por encima de los otros, como en una competición, la educación de adultos parte del anhelo que el pueblo siente de una cultura de expresión comunitaria, en la que se reconozca su fuerte vivencia de la solidaridad. Cultivarse, ciertamente, representa y representará elevación y promoción humana del individuo. Pero lo que trata de conseguir el movimiento de educación de adultos no es promover individualidades ni sacar del pueblo a las gentes "cultivadas". Lo que se pretende, en definitiva, consiste en poner los medios y crear las plataformas necesarias para que el pueblo, comunitariamente, se exprese y manifieste culturalmente.

La educación de adultos se apoya, por tanto, en una pedagogía grupal en la que la participación activa cuenta más que la brillantez en las exposiciones. El espíritu olímpico de que "lo importante es participar" está siempre por encima, en las actividades de educación de adultos, de la consecución de los trofeos. Lo verdaderamente importante es que la participación sea auténtica, no importa tanto el que las conclusiones sean "correctas y verdaderas".

Educación e instrucción de los adultos

Es importante no confundir los planteamientos y tener una visión clara de los problemas y las formas de actuación en el campo cultural. De ahí la necesidad de no confundir la educación de adultos con la "instrucción de los adultos". Trataremos de explicarnos.

Si pretendemos favorecer una educación de adultos entendida en el sentido antes aludido, no podemos quedarnos en el estadio de entender que lo que hay que hacer es llevar al adulto a la escuela, prolongando en él la enseñanza que no pudo recibir en su niñez. Tan erróneo es caer en el simplismo de considerar que la educación de adultos consiste en difundir una cultura "rebajada", apta para los menos dotados culturalmente, como entenderla como un sistema de instrucción especializado.

Hasta hace muy pocos años se han confundido estas dos realidades. La educación de adultos se entendía como un alargamiento de la acción docente hacia las personas que por su edad se encontraban fuera de la escuela. Así nacieron numerosas "clases nocturnas", "clases de cultura general", etc., cuyo expreso deseo era promover culturalmente a las personas adultas de los barrios obreros y comunidades rurales. Sus promotores no alcanzaron a ver otro medio de educación de adultos que el de buscar el "retorno a la escuela" (a la pedagogía, las técnicas y la estructura escolar) de las personas que se encontraban en la vida laboral, con unas responsabilidades cívicas, familiares y sociales muy determinadas y en un ambiente específicamente adulto. Se confundía, pues, la instrucción con la cultura y no se llegaba a descubrir que la enseñanza escolar respondía a una finalidad que no coincidía con las necesidades a las que trataba de responder la educación de adultos.

La educación de adultos, como muy bien ha señalado la Conferencia Inter-

nacional de Educación de los Adultos celebrada en Elseneur (Dinamarca), "expresa la necesidad de cambiar el contenido de la cultura. No se trata de distribuir una cultura ya hecha a capas sociales más extensas, sino de obtener la participación de todas a la construcción de una cultura común, integrando la aportación de cada uno". Por eso hay que insistir sobre cómo la cultura no consiste en poseer muchos conocimientos: "La cultura no consiste en ingerir manuales, sino en dominarlos; ni en asimilar un diccionario, sino en utilizarlo; ni en atesorar nociones, sino en dominarlas y juzgarlas."

La cultura implica el desarrollo de todos los aspectos humanos, de todas las cualidades del hombre, y el hombre es esencialmente un ser social que se afirma en la vida comunitaria. La cultura lleva al desarrollo de la vida en común. Al hombre que quiere pensar, discutir, que tiene interés en informarse, le es indispensable un interlocutor, necesita ponerse en contacto con otros... No hay, por otra parte, cultura humana sin vivencia y conocimiento de lo social. Conocimiento abstracto de los hechos sociales y de los principios que presiden las relaciones de los hombres en sociedad, pero también conocimiento concreto, viviente, de los fenómenos sociales, tal como se desarrollan junto a nosotros. Y estos conocimientos y estas vivencias, que componen el fundamento de la vida y de los centros de interés del adulto, no se adquieren simplemente en los libros; por el contrario, exigen la reflexión, el contacto con la vida, la confrontación con otras experiencias vitales.

Por eso la educación de los adultos tiene que plantearse fundamentalmente como la comprensión de las situaciones en las que el adulto se encuentra. Comprender el mundo y dominar la propia vida para defender la libertad de que se dispone, y para participar en la conquista de los derechos colectivos. Esta comprensión requiere, ciertamente, cada vez mayores conocimientos.

Hay que encontrar, por tanto, una pedagogía activa que no separe el pensamiento de la acción. Como dice Tagore, "un hombre puede llegar a ser sabio por el estudio de los libros, pero su educación queda incompleta mientras no haya aprendido a utilizar sus manos en un fin eficaz y bueno".